

Grandes Cruces. En los de la de Guadalupe está U., puesto el primero, con todas sus demás condecoraciones. También están todos los Generales de División, siendo U. también el primero de ellos.

Si puedo conseguir un ejemplar del mencionado Almanaque de la Corte, se lo mandaré á U. (en) el paquete próximo, aunque es algo voluminoso, porque es libro que debe tenerse por sus curiosidades.

G(iménez).

LVI

SR. CORONEL D. FRANCISCO DE P. MORA.
MEXICO.

S. THOMAS, ABRIL 15 DE 1866.

Mi estimado amigo:

Apenas me alcanza el tiempo para ponerle estas cuatro letras, correspondiendo á sus favorecidas, fechas 9, 22 y 28 del próximo pasado, en las que se sirve enviarme la reseña del mismo mes. Estoy plenamente satisfecho de sus buenos sentimientos de amistad y patriotismo, y puede U. vivir persuadido de la estimación invariable que su persona me merece.

Veo que la situación de nuestro país es hoy más imponente, porque el espíritu público se reanima; así es que le recomiendo no desmaye, y trabaje por revivir el espíritu de los compatriotas. Mi movi-

miento sólo depende de la última resolución de los Estados Unidos, con quien estoy enteramente de acuerdo para salvar á México de sus verdugos. Napoleón ha ofrecido al Gobierno de Washington sacar sus soldados en todo este año; pero si falta, se obrará.

En el paquete próximo seré más extenso; concluyo, pues, repitiéndome de U. afmo. seguro servidor y amigo, que le desea felicidades y B. S. M.

A. L. de Sta. Anna (rúbrica).

LVII

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, ETC., ETC., ETC.

SAN THOMAS.

GUADALUPE, ABRIL 29 DE 1866.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor: A su debido tiempo fué en mi poder la muy estimada carta de U., de 15 de marzo último.

Consecuente siempre con mi verdadera y desinteresada amistad hacia la respetable persona de U., he visto con el más profundo dolor de mi corazón que sus falsos amigos, los que sólo lo son de sus conveniencias particulares, los que la preciosa existencia de U. les es indiferente, los que se atreven á decir que con algún riesgo se alquila la casa, sin

exponerse ellos á ninguno y conduciéndolo á U. sólo á él; han logrado fascinarlo y hacer aparecer á sus ojos y concebir á su imaginación hechos que no existen, y que está en lo imposible su existencia. Ellos han exaltado el acendrado patriotismo en el corazón de U. y han recrudecido sus muy justos y fundados resentimientos, hasta el extremo de lanzarlo á la arena sin responsabilidad ni riesgo alguno por parte de ellos.

Ya en la liza del combate, si U. triunfa, que es muy difícil con los elementos que U. cuenta, sabrán ávidamente aprovecharse de las ventajas y enriquecerse á costa del honor de U., como lo han hecho siempre. Si U. sucumbiera, que sería por desgracia lo más probable, ellos nada habrían arriesgado, y permanecerían en sus hogares, quietos y tranquilos, sin derramar una lágrima en memoria de la víctima que habían sacrificado á sus perversas miras de ambición. Y de éstos, mi querido General, no exceptúo á ninguno de los que aquí y en los Estados Unidos, se llaman infamemente amigos de U.

Once años hace que falta U. de este país; y juro á U., por Dios, que hoy no es el mismo que U. conocía. Todo ha cambiado radicalmente, menos el carácter nacional.

¿Pues qué, mi querido General, ha olvidado U. ya el carácter y las cualidades y propensiones de los mexicanos en general, después de haberles mandado tantos años? Los mexicanos, y principalmente los militares, casi en su totalidad, como dije á

U. en mi carta de 29 de julio del año pasado, están muy al corriente de la alza y baja de los negocios públicos, y antes de decidirse por ninguno de los contendientes, pesan en una balanza los acontecimientos seguros y dudosos; hacen una operación matemática de cálculo muy exacto, y se ponen siempre, no del lado de la razón ni de la justicia, no del del honor ni de la patria, sino de la parte en que esperan con más fundamento y sin probabilidades adversas ni riesgos eventuales, las mayores, las más seguras ventajas. Estos son los mexicanos en general, de hace muchos años: U. lo sabe por una muy dolorosa experiencia y no debe olvidarlo en tan solemnes momentos.

De aquel número, por desgracia, son la mayor parte de los que han rodeado á U. en todas las épocas de su gobierno, y de este mismo número, en fin, son los que escriben á U. hoy para que se lance á la arena de los combates.

Los pueblos, mi querido General, no conquistan su libertad, sino personificándose con su caudillo; el interés y la gratitud les hacen mirar naturalmente el poder como una herencia de aquel que ha sabido crearlo y sostenerlo. ¿Y cree U. en la personificación de los mexicanos de hoy con U.? Permítame U. que le diga que si lo cree es un error, y un error muy lamentable para U. Esto se vió únicamente el año de 1821, en que se personificó la Nación con el inmortal Iturbide, y por eso se realizó la independencia. Pero hoy, por una fatalidad, no es lo mismo. Entonces había patriotismo

en los corazones puros de los mexicanos; entonces había virtudes y honor, probidad y justicia. Hoy, las luces y el trato de más de cuarenta años con extranjeros, han hecho desaparecer aquellas virtudes, para sustituirlas con mil males, que irán progresando cada día.

Repito á U. que lo alucinan y que lo engañan con las más depravadas intenciones. Estas son mis convicciones y las de todos los miembros de la respetable familia de U., que lo amamos de corazón, sin bajos ni viles intereses.

U. tiene muchísima razón, muchísima justicia para estar quejoso de la intervención y del Emperador, porque la conducta observada con U. no es á la que U. era acreedor, ni la que U. merecía. Le han vejado á U. de mil maneras. Pero el modo de remediar esto ¿sería exponerse á mayores vejaciones? ¿Expondría U. imprudentemente la cabeza, por curarse un arañón en un dedo? Creo que no.

La monarquía, dice Lamartine, es el instinto de las naciones en su infancia; es como un tutor que dan á su independencia no muy sólida todavía.

U. mismo creyó esta verdad y estaba dispuesto á darle á México aquella forma de gobierno. El mal, por desgracia, aquí, no está en la monarquía sino en el monarca, que ha torcido el camino que debiera haber seguido; pero, sostenido éste por la poderosa Francia, y siendo un punto ya de honor del Emperador de los franceses el sostener al de México, tanto porque fué de su elección, como por los grandes compromisos pecuniarios contraídos

con su nación, ¿dejará impunemente que se le haga la guerra, que se le bata, que se le lance del trono, que se lancen también sus tropas interventoras, permaneciendo él simple espectador de la caída de Maximiliano y de la degradación del ejército francés? Creo que no. Aun cuando los Estados Unidos declarando la guerra á la Francia, tomaran parte abiertamente en esta empresa, lo creo muy difícil. Porque entonces Napoleón auxiliaría á los Estados del Sur, que no están aún pacíficos con los del Norte, y mucho menos hoy que su representación no ha sido admitida en el Congreso de la Unión, reconocería su independencia, la fomentaría de todos los modos posibles é introduciría nuevamente la guerra civil, no apagada en los Estados Unidos. Estos en tal conflicto, hartos harían en sostenerse á sí mismos, é indudablemente abandonarían á México á su suerte.

No se necesitan muchos conocimientos militares para comprender que, en la guerra, como en todo, la oportunidad y la decisión entran en mucho en la victoria. Esta, podemos desde luego, si sabemos agasajarla, conseguir que se aliste en nuestras banderas; y es muy verdadero aquel adagio que dice: que el que da primero da dos veces, y cuatro si da fuerte.

¿Pero, acaso, es ahora la oportunidad de atacar al Imperio y á la intervención francesa, cuando ésta, armada, sostiene á aquél y lo sostendrá á toda costa, porque así está en sus mutuos intereses?

La decisión: la decisión la tiene U. únicamente,

porque se la exigen su patriotismo y sus justos sentimientos. Pero todos los que en este país se hallan hoy con las armas en la mano, á pretexto de defender la independencia y la República, no son, ni pueden ser, por sus antecedentes, otra cosa que hordas de bandidos avezados en todos los crímenes, que practican con profusión en todos los lugares que mancilla su inmundada planta. La prueba de esta verdad es que en el momento que las operaciones militares exigen la evacuación de las tropas imperiales de una población, al momento los vecinos en su mayor parte la evacúan igualmente, en seguimiento de la tropa, por justo y fundado temor de las depredaciones de todas clases que cometen los llamados patriotas, que en realidad no son otra cosa, desde el jefe hasta el último soldado, que bandadas desordenadas de asesinos y ladrones, sin disciplina militar y sin honor, ni vergüenza, ni un átomo de patriotismo. ¿Y con esta gente podrá obtenerse la victoria? U. se promete organizarlos, disciplinarlos y formar de ellos ciudadanos y soldados virtuosos. U. sería la primera víctima, al solo hecho de intentarlo. Ellos no quieren más que robar, y al querer U. moralizarlos y reducirlos á la bien entendida disciplina militar, sería contrariar sus naturales instintos, y jamás lo sufrirían; en consecuencia, con estos hombres no puede haber decisión, sino para el mal, y de aquí es que no puede obtenerse la victoria.

Por lo que respecta á los generales, jefes y oficiales del ejército de ahora doce años, sólo queda

un número insignificante, y de éstos, la mayor parte ancianos; otros, bien colocados por el Emperador, y todos, con muy pocas excepciones, ingratos á U. y egoístas por precisa consecuencia; no son los que han de correr á sus banderas para combatir la intervención y el Imperio, porque demasiado provecho están sacando de él; y ya he dicho á U. arriba que están por lo positivo.

En virtud de cuanto dejo á U. manifestado, que es la realidad de los hechos, debe U. sacar en precisa consecuencia que los que lo alucinan escribiéndole para persuadirlo y excitarlo á que se ponga al frente de los llamados republicanos, para derrocar el Imperio y la intervención, pintándole el triunfo como muy fácil, porque la mayoría de la Nación se le unirá, son unos traidores á la amistad; son unas sanguijuelas, que unas están ya chupando á U. el dinero hace mucho tiempo en los Estados Unidos, presentándole, como realidades, cosas que no existen ni existirán, y las otras se preparan hacer lo mismo cuando les venga su vez; pero que ni unos ni otros creen lo mismo que le escriben á U.; pero como está en sus viles intereses de ellos, persisten sin cesar en sus mentiras.

Pues bien, mi General; yo estoy positivamente lo que se llama en la miseria, sin la menor esperanza de cambiar de posición; yo estoy eliminado de las colocaciones y destinos, ascensos á mi clase y á mi empleo, desde la Regencia hasta hoy, sólo por amigo de U. y que fuí á recibirlo á U. á Veracruz, ahora dos años. Pues bien, prefiero vivir y

morir en la muy penosa posición que hoy guardo, antes que verlo á U. expuesto á los inmensos peligros á que quieren conducirlo sus falsos y egoístas amigos.

Segundo. Ciento noventa y cinco millones de pesos han entrado en México en un año y once meses; ya no hay dinero; hace dos quincenas que se nos paga cinco ó seis días después de vencida. Esto concluirá por falta de recursos pecuniarios con (sic) han concluído todos los gobiernos después de la independencia.

Tercero. He sido demasiado extenso en esta carta, porque así me lo exigen mi amistad y conciencia; tal vez ésta (carta) y su contenido no le será á U. agradable. Yo lo sentiría con toda mi alma; pero he creído cumplir religiosamente con los sagrados deberes de la verdadera amistad que á U. profeso; algún día lo conocerá U. y me hará justicia, si ahora le molestan mis justas reflexiones.

Las tiras de El Cronista que acompaño á U., le impondrán de las principales ocurrencias de este mes. Hace más de quince días que en juntas de Ministros, presididas por el Emperador, se están discutiendo las nuevas leyes de Hacienda; de ellas, dicen que resultarán muchas economías y enormes contribuciones. En publicándose, se las mandaré á U.

Adiós, mi querido General; El ilumine á U. y

lo llene de felicidades, como de corazón se lo pide su mejor amigo y muy obediente servidor, Q. B. S. M.

(Manuel) M(aría) G(iménez.)

LVIII

SR. CORONEL D. FRANCISCO DE P. MORA.
MÉXICO.

S. THOMAS, MAYO 3 DE 1866.

Mi estimado amigo:

En este momento no tengo lugar más que para decir á U. que hoy salgo de este puerto para el de Nueva York, á donde probablemente llegaré después de seis días.

Resignado á cumplir con los decretos del Cielo, voy á lanzarme al campo de los sucesos. Tengo fe en la causa noble que voy á defender y en que Dios guiará mis pasos y protegerá mis operaciones. ¡Ah! dichoso yo, si tienen cumplimiento mis ensueños! Me parece que entro en esa Capital á la cabeza de un lucido ejército que va á redimir á la Nación mexicana de la degradación, de la ignominia en que ha estado sumergida por una fatalidad. Sí, México será libre; sus opresores desaparecerán de ese suelo que nunca debieron profanar, y México, como el Fénix, renaciendo de sus cenizas, se presentará á la faz del mundo, grande como ella es, aunque bastante aleccionada para no incu-

rrir en errores y faltas que la han conducido casi al borde de su perdición.

Yo espero que los mexicanos, tan luego sepan mi presentación en el territorio nacional, acudirán de todas partes á incorporármese para engrosar las filas del ejército libertador, haciendo conocer así que ansiaban el momento oportuno de servir fructuosamente á su patria. Haga U. conocer estas ideas á los amigos, para que sepan que el momento de la redención se aproxima, y que el espíritu público reviva. Entretanto tengo el gusto de verlo y abrazarlo, consérvese bueno, como lo desea su afmo. servidor y amigo, que le apetece felicidades y B. S. M.

A. L. de Sta. Anna (rúbrica).

LIX

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, ETC., ETC.

SAN THOMAS.

GUADALUPE HIDALGO, MAYO 29 DE 1866.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor: Sin haber tenido el gusto de recibir sus muy estimadas letras en el último paquete, dirijo á U. la presente para acompañarle las tiras de los periódicos que contienen las más marcadas ocurrencias y publicaciones de este mes, omitiendo las de los

Estados Unidos, porque lo creo á U. impuesto de ellas aún antes de que lleguen aquí.

La fijada del término, por el Emperador de los franceses, para la evacuación de su ejército de este país, en dieciocho meses, ha causado inmensa sensación en todos los partidos: los unos ven grandes males en estas providencias; otros esperan grandes bienes de su resultado, y no son pocos los que creen que no tendrá efecto la salida de los franceses del territorio mexicano, aun cuando haya sido anunciada por su Emperador. Todos son cálculos, todas son conjeturas y ninguno acierta con lo (que) sucederá. Sólo el Sér Supremo, que es el árbitro de los destinos de los pueblos, puede saber lo que se nos espera. El patrimonio del hombre es el error; dichoso el que yerra menos.

He tenido el gusto, hace pocos días, de hacer una visita á la señora de U., y no puedo menos de manifestarle el estado muy poco decoroso en que se encuentra. A resultas del fallecimiento de la señora su madre, quien dejó algunas deudas de consideración, le han extraído los muebles de la casa para venderlos y cubrir aquéllas, en términos de no haberle dejado más que una cama y algunas sillas, que también se llevarán, habiendo quedado toda la casa como escuela de danzantes. Por esta causa, me dijo que no había hecho visitas ningunas, porque su casa no estaba en disposición de recibir las que le correspondieran; y en verdad que tienes sobrada razón, porque (ni) la posición brillante que antes ha ocupado en México, ni el buen nom-

bre de U., le permiten presentar su casa hoy en el fatal estado en que se encuentra. Doy á U. este aviso sin conocimiento de ella ni de nadie y solamente por el interés que siempre, y hoy más que nunca, tengo por el buen nombre de U.; de otro modo sería un entremetimiento que no me correspondería de ninguna manera y que sería aún reprehensible. U. debe conocer mi sana intención en este asunto.

Nada tengo que añadir á mi carta de 29 del pasado; deseo equivocarme enteramente en todo su contenido y que el resultado de la gran crisis pendiente sea la felicidad de México y la de U.

Llamo muy particularmente la atención de U. sobre el artículo de *La Sociedad*, encabezado «Actualidades,» publicado el 22 del que fina y marcado por mí con el número 10, porque él expresa la opinión de la parte sensata del país.

Los recursos del Gobierno están enteramente agotados, en términos que la Caja francesa ha prestado nuevamente cuatro millones de pesos, entregando quinientos mil pesos mensuales al Emperador para las atenciones públicas. ¿A dónde iremos á parar con tan crecidísimas deudas que tiene contraídas este importante país con la Francia? Ya se anuncian la posesión de los puertos de Veracruz y Tampico hasta su total extinción.

Mucho eco ha hecho aquí la visita hecha á U. por el General francés Brincourt y Almonte, á su paso por esa Isla; muchos comentarios se han hecho sobre ella, y todos los periódicos de todos los

colores la han estampado en sus columnas; pero sin hacer comentario alguno.

El 4 del presente, fué atacado, y tomado y saqueado Hermosillo [Sonora] por las fuerzas de los disidentes García Morales y otros; hubo muchos fusilamientos y entre ellos 37 franceses. La ciudad fué recuperada á los tres días por las fuerzas imperiales mandadas por Tanori y Vázquez, repitiendo iguales atrocidades con los liberales. Cada día, por más que digan, se enciende más la guerra civil en todo el país.

Después de escrito el párrafo en que hablo á U. del estado de la casa de Doloritas, he sido impuesto de que U. había mandado darle dos mil pesos para muebles, los cuales no quiso recibir, porque no le pareció suficiente cantidad; que ella tiene los productos de sus casas además de la mesada que U. le pasa, y que bien tiene y pudiera comprarlos con su dinero, atendiendo á la situación de U.; y que debe haber recibido una buena suma de los arrendamientos de aquéllas, desde el año de 55 hasta la fecha.

Todas las tiras de los periódicos que remito á U., son bien interesantes, y por eso no he dudado hacerlo, aunque abultan bastante y harán crecer el porte de las cartas.

Pepe Cadena ha sido destituido, por el Emperador, del empleo de Subsecretario del Ministerio de la Guerra, cuando no hacía un mes que lo había nombrado; se ignora la causa de esta providencia,

y aún se augura que García también será relevado muy pronto.

Adiós, etc., etc.

M(anuel) M(arta) G(iménez).

LX

EL GENERAL ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, A LOS MEXICANOS.

Prueba el Cielo de tiempo en tiempo á las naciones para enseñarles á caminar por los senderos de la razón y despertar en ellas los nobles sentimientos de la justicia y del deber.

La ciudad de Numa recorrió toda la escala de la humana grandeza, mientras su norte fué el derecho; la virtud, su consejera; la unión, escudo y fortaleza de sus hijos; pero más tarde, puestos en olvido aquellos principios salvadores, convirtiéndose esclava la Señora del Universo, y tuvo que aprender la lengua de los Atilas y Alaricos, para ejecutar las órdenes de sus señores. Tal es el destino de los pueblos que abusan de los dones y ventajas con que los favoreció la Providencia; y llenas están las historias, de estos grandes y dolorosos ejemplos.

Tristes destinos han cabido á nuestra amada tierra; á las alegres fiestas de la libertad, ha sucedido el silencio de la tiranía, la desesperación de los ciudadanos. Las palabras más enérgicas y más ex-

presivas carecen de vigor y de sentido para pintar la desolación de nuestros campos, el luto de nuestras ciudades. Mas no desesperemos; México encierra poderosos elementos para triunfar del mal y hasta para borrar sus pasadas huellas. La heroica resistencia de los patriotas afirma esta esperanza; y no debemos olvidar que «un pueblo que lucha por su libertad é independencia, es invencible.»

Al tender la vista por las llanuras ensangrentadas de la tierra mexicana, es consolador pensar que todas nuestras desgracias han sido útiles para el presente y fecundas para el porvenir.

Esas desgracias han desenvuelto y fortificado el sentimiento nacional; y en medio de los escombros de la patria, hemos comenzado á levantar una patria nueva, una patria moral, inspirados por la confraternidad del infortunio.

Los mexicanos existían, pero no la Nación; todos nuestros rencores domésticos se han convertido en un solo grito de furor contra los invasores del sagrado suelo que nos legaron nuestros padres. Sí; la Nación existe en el corazón de los mexicanos; y grandes enseñanzas hemos cosechado en el campo de las decepciones y del escarmiento, que dictará la norma de nuestra conducta venidera.

Viniendo por caminos diferentes, nos encontramos hoy en un mismo punto, fatigados, pero no rendidos del perenne batallar. Abracémonos en este momento supremo de nuestra existencia; trabajemos de concierto en la causa común, como en los gloriosos días en que hicimos pedazos las ca-